

Imágenes de los peruanos sobre Chile y los chilenos

Eduardo Arroyo Laguna

Colegio de Sociólogos del Perú
Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)
eduardoarroyo29@gmail.com

Lima - Perú.



Resumen

En gran medida, la visión que los peruanos tienen sobre Chile y los chilenos están muy marcadas por la Guerra del Pacífico, la que ha dejado heridas que aún no cicatrizan, acrecentadas por la actitud de supuesta superioridad del vecino país del sur.

Palabras clave: Guerra del Pacífico, Chile, hegemonía, supremacismo, integración, imagen.

Abstract

To a large extent, the Peruvian perception of Chile and Chileans is deeply influenced by the War of the Pacific, which left wounds that have not yet healed and are exacerbated by the attitude of alleged superiority of the neighbouring country in the south.

Keywords: *War of the Pacific, Chile, hegemony, supremacy, integration, image.*

Este es un tema que ofrece dificultades para el análisis objetivo por su alto contenido emocional, ya que late en las profundidades del inconsciente colectivo peruano, configurando un importante componente cultural de la identidad nacional.

No es sólo la Guerra de Chile contra la Confederación Peruano-Boliviana sino centralmente la Guerra del Pacífico y la posterior negociación de 40 años para la devolución de Tacna que votó a favor de reincorporarse nuevamente al Perú, la que marca mucho de los sentimientos hacia el país del sur, aparejada a sus actitudes, manifestaciones y acciones.

Así pues, "...la derrota frente a Chile fue el peor revés que sufrió el país luego de su destructiva guerra por la independencia" (Mc Evoy, 2017, p. 233). Con la capitulación onerosa, la sustracción violenta de la riqueza y la disolución de sus instituciones, el país casi desaparece y se esfuma el sueño republicano. A la destrucción material de nuestras riquezas, tal vez más trágico fue el empequeñecimiento moral, espiritual frente a los triunfadores de la guerra.

Aljovín de Losada destaca uno de los hechos menos recordados por la historiografía chilena: el asunto de Tacna y Arica y el intento de *chilenización* llevado a cabo por las Ligas Patrióticas en esa zona (Ugarte, 2014).



Fig. 1. Pablo Macera. Fuente: Internet.

Nos dice que el artículo tercero del Tratado de Ancón estipulaba que (el asunto de) Tacna y Arica se tenía que resolver a través de un plebiscito, y la negociación duró entre 1883 a 1929. Fueron décadas y décadas en que el Perú consideró que la guerra fue muy injusta y diversos sectores consideraron que Chile estaba jugando sucio en las negociaciones. Es una suerte de Tratado de Versalles que no cerró bien el debate. Entonces, no solo es la guerra, sino también el proceso de negociación de Tacna y Arica, son 40 años en que cada semana salían anuncios con parte de la negociación. El artículo tercero es muy claro y dice que tenía que organizarse un plebiscito a los diez años y nunca se organizó. Y toda la política exterior del Perú estaba orientada a la recuperación de Tacna y Arica. Te darás cuenta de esa dimensión, no fue una guerra que se cerró, sino que continuó hasta 1929. Entonces, son dos factores: la guerra y todo el proceso de negociación pos-Tratado de Ancón (Aljovín, citado por Ugarte, 2014).

Hoy, con todos los conocimientos de la historia, podríamos decir que no debimos ir a la Guerra del Pacífico. Chile ya tenía en la Doctrina Portales un proyecto de unidad nacional y estaba armado hasta los dientes, mientras el Perú navegaba en medio del desorden producto del patrimonialismo colonial y de la desunión civil y militar.

Chile es el país de O'Higgins, ese gran chileno que participó en nuestra gesta independentista, ya que el americanismo insuflaba de mística a los latinoamericanos, los que llegaban al Perú y pasaban de país en país liberándolos del yugo español.

La aspiración a la integración continental es de vieja data (Arroyo, 2009, pp. 272-274). Se inspira en la realidad que fue nuestro mundo prehispánico cuyo *Qhapaq Ñan* (Gran Camino Inca) se extendió hasta Pasto (Colombia) y Concepción (Chile), así como en las visiones que nos legaron los precursores y próceres de la gesta independentista.

Desde entonces hasta la actualidad, basados en los mensajes de Vizcardo y Guzmán, Simón Bolívar, José Martí, Andrés Bello, O'Higgins, Miller, Sucre, Córdova, Artigas y otros ilustres pensadores y luchadores sociales, la comunidad de territorio, lengua, pensamiento, historia, recursos naturales y sentimientos patrios ha gravitado para estimular la gran unión latinoamericana. Nos favorece ampliamente no sólo una unidad histórica sino especialmente la lengua.



Un ejemplo internacional de unidad es Europa (Arroyo, 2007, p. 137), que pese sus diferencias étnicas y lingüísticas y a ser escenario de las dos grandes guerras mundiales, logró organizar su comunidad del acero y del carbón, contando ahora con una Unión Europea, que da testimonio de que las asociaciones ayudan a encontrar la solución a los mayores problemas.

Nos dice Mariátegui en 1924 que

Los pueblos de la América española se mueven en una misma dirección. La solidaridad de sus destinos históricos no es una ilusión de la literatura americanista. Estos pueblos, realmente, no sólo son hermanos en la retórica sino también en la historia. Proceden de una matriz única. La conquista española, destruyendo las culturas y las agrupaciones autóctonas, uniformizó la fisonomía étnica, política y moral de la América Hispánica. Los métodos de colonización de los españoles solidarizaron la suerte de las colonias. Los conquistadores impusieron a las poblaciones indígenas su religión y su feudalidad. La sangre española se mezcló con la sangre india. Se crearon, así, núcleos de población criolla, gérmenes de futuras nacionalidades... El proceso de formación

de los pueblos indo-españoles tuvo, en suma, una trayectoria uniforme. La generación libertadora sintió intensamente la unidad sudamericana. Opuso a España un frente único continental. Sus caudillos obedecieron no un ideal nacionalista sino un ideal americanista. Esta actitud correspondía a una necesidad histórica. Además, no podía haber nacionalismo donde no había aún nacionalidades. La revolución no era un movimiento de las poblaciones indígenas. Era un movimiento de las poblaciones criollas, en las cuales los reflejos de la revolución francesa habían generado un humor revolucionario (p. 35).

Pero las generaciones posteriores no continuaron por este camino unitario ya que, tras la independencia de España, fueron ganadas por el trabajo nacional abandonando el ideal americanista que había congregado a ejércitos argentinos, chilenos, colombianos, venezolanos y líderes de todos estos países en la gesta libertaria viajando por todo el continente, recorriéndolo y libertándolo siempre bajo el ideal continental.

Con posterioridad, América del Sur se balcanizó por intereses militares, que privilegiaron el ideal separatista sobre el unitario, basado en una geopolítica de guerra,



Fig. 2. La Guerra del Pacífico. Fuente: https://historia.nationalgeographic.com.es/a/la-guerra-del-pacifico-bolivia-se-queda-sin-costa_20235



de distinguirse del vecino en donde más se desunía y dividía, legitimando y alimentando los chauvinismos.

Son intereses fraticidas, no basados en las igualdades, los que llevan a que la gran concepción de Patria sudamericana caiga hecha añicos con los Santander, Portales, Páez, Flores y numerosos caudillos que convirtieron este territorio de países hermanos en distintos y, posteriormente, en enemigos.

Al final los generales balcanizadores triunfaron sobre la voluntad y la ilusión unionista. Cae el ideal americanista frente a la miopía nacional de origen guerrerista alimentada por sus respectivas oligarquías.

La integración latinoamericana no sólo se puede y debe inspirar en los ideales, sino que la economía y los intercambios comerciales cimentan estas relaciones de unidad. Si bien al inicio de la época republicana fueron pobres los vínculos económicos entre los países de la América española, hoy han crecido enormemente. Tanto Mariátegui como Haya de la Torre insistieron en que lo económico y lo comercial resultan vitales para concretar las unidades. Lo plantea Haya de la Torre al afirmar que

La prensa interesada en los artículos de la América Latina persiste en demostrar al lector europeo que la formación de un frente único económico

latinoamericano, o por lo menos sudamericano, no está lejos. Los artículos que don Alejandro Bunge ha publicado en *La Nación* de Buenos Aires sobre la «unión aduanera del sur», han merecido citas y referencias. Y en las últimas semanas Europa ha sido informada de la entrevista realizada el 22 de octubre último, entre el presidente argentino Irigoyen y el embajador mexicano Reyes, «en la que quedaron establecidas las bases principales para la iniciación en el año próximo de un intercambio activo de los productos de ambos países», según noticia del diario bonaerense *La Época*. ... se plantea una vez más el problema de las relaciones sudamericanas ante los peligros de la influencia de los conflictos entre las grandes potencias del mundo... Hay una gran cantidad de productos de las repúblicas Sud y Centroamericanas, que pueden intercambiarse entre sí, con amplias ventajas para sus vidas internas. Este es un interés común ante el que todas deben volver los ojos, antes que la dependencia obligada de otras naciones lejanas, por intereses materiales cada vez más fuertes, no haga imposible esa consolidación de nuestra vida económica, que, necesariamente, debe unir a estos países, marcados por un mismo y natural destino.

Hay, pues, una gran mancomunidad de intereses económicos y de productos a intercambiar, lo que si bien no se daba en los primeros tiempos de la república ni en la primera mitad del siglo XX, constituyen una tendencia que se ha revertido al



Fig. 3. Monitor Huáscar. Fuente: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-38100773>



convertirse la Comunidad Andina, para el caso peruano, en el principal lugar de llegada de nuestros productos no tradicionales, es decir, industrializados y no necesariamente productos primarios, los que más bien salen hacia otras latitudes, las que nos ven como un mercado primario de bienes. (2005, p, 36-39)

Se acabó el siglo XX y el siglo XXI se inició en el contexto de un Tratado de Libre Comercio firmado de modo secreto con Chile sin haberse discutido en el Congreso, violándose toda norma constitucional. Además, se daban líos fronterizos frente a Chile que buscaba coger parte de la frontera sur marítima.

El siglo XXI avanza generando dos movimientos. De un lado el discurso de la unidad, de la integración, cuando a todas luces se ve que Chile ya no pertenece ni a la Comunidad Andina de Naciones (CAN) ni al Mercosur y, más bien, plantea ingresar al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y ya tiene TLC con EE.UU., con China y con la UE. Mientras los argumentos nos llevan a un Perú moderno, integracionista, abierto, globalizado, en el otro frente, ante los pueblos y los sentimientos colectivos, vemos que hay un gran nivel de pobreza que bordea el 30%, un 80% de informalidad, adicionalmente se avizora el Fenómeno de El Niño global, azotados como estamos por el dengue y la quinta ola de la COVID-19.

Respecto al tema tratado en este artículo no hay cicatrices cerradas, sino movimientos de aversión comunes. No solo del chileno y su aire de superioridad, considerándose los no mestizos de Sudamérica, mientras en el Perú las diversas generaciones recuerdan las tropelías de los invasores chilenos sobre el territorio patrio (las del general Lynch en el norte peruano saqueando todo a su paso). Los viejos peruanos suelen ser antichilenos y protacneños. Chile, considerado como el Caín de América del Sur, es, según esta generación, militarista, hegemónica e invasor, el menos andino de los países sudamericanos. En suma, hay mucho resentimiento y afán de revanchismo que marcha aparejado con la admiración y la envidia.

De un lado, abrazo de concordia mientras se descubre que Chile tiene su propia lectura de la historia, así como de la geografía peruana. En la dualidad víctima-victimario se ven rasgos de la identidad peruana que suele atribuir a los demás las causas de las desgracias nacionales, sin mirarse nunca frente al espejo y comprender su parte de la responsabilidad en este asunto (Neira, 2005).

En mi caso, debo confesar que no hay un chauvinismo de lo nacional ni fetichización de lo foráneo. Para nada. Tengo buenos amigos chilenos, gente noble. Pero no es eso lo que está en cuestión sino las políticas del Estado chileno, sus planes de invasión constante, su apetencia de lo nacional. Lo conflictivo es la relación con la política y la ideología de la burguesía monopólica chilena que invade mercados, aires, suelos, mares; hegemónica, invasora, militarista contra las voces cuerdas de intelectuales como Pedro Godoy, José Rodríguez Elizondo, Pablo Neruda, Vicuña Mackena.

La Doctrina Portales, base de la política exterior chilena

La Doctrina Portales, vigente desde la década del 30 del siglo XIX, solidifica la doctrina de unidad nacional y proyecto político de desarrollo de Chile. Que se sepa, esa doctrina no se ha abandonado hasta ahora. En ella se plantea las bases de la visión que desde las fuerzas armadas chilenas se tienen sobre nuestro país. Escrita antes de la guerra con la Confederación Peruano-boliviana, servirá de dirección estratégica durante la Guerra del Pacífico.

Chile, país sin mayores recursos naturales, obtendrá así tras la derrota peruana militar territorios, salitreras que era lo que buscaba a falta de ellas. Se crea así una permanente e intensa enemistad íntima entre ambos países.

El mensaje de Diego Portales llegó a tener mucha ascendencia sobre la plutocracia chilena y se convirtió en el pivote nodal de su estrategia sobre el Pacífico y sobre el Perú (Cuya, 2017).

La misiva fue escrita en 1836 por Diego Portales, político oligárquico y negociante chileno, que sin llegar a ser presidente de su país ejerció autoritariamente el poder efectivo en Chile entre 1830 y 1837. Durante dicho período, ocupó los puestos de Comandante General de la Armada, ministro del Interior y Relaciones Exteriores, así como ministro de Guerra y Marina durante las presidencias de José Tomás Ovalle, Fernando Errázuriz y José Joaquín Prieto. Su carta fue dirigida el 10 de septiembre de 1836 a Manuel Blanco Encalada, a quien Portales nombraría jefe de la expedición que invadiría el Perú, a fin de destruir la recién creada Confederación Peruano-Boliviana.

El mensaje portaliano asume que Chile y Perú son dos países en competencia política y económica, que pugnan por sobrevivir en la escena internacional



Fig.4. Pedro Godoy dando un discurso en la Casa Nacional del Bicentenario. Buenos Aires, Argentina. Fuente: Internet.

por lo cual requieren obtener el dominio de la costa occidental de la América del Sur. La hegemonía será de un único país. Por ello, Chile debería de mantener al Perú en calidad de subordinación, con lo que lograría el dominio permanente del Pacífico sur. Las riquezas conjuntas de Perú y Bolivia deben explotarse en beneficio preferente de los chilenos.

El ministro chileno razonó que la unión política y económica del Bajo Perú y el Alto Perú haría muy difícil para Chile acceder al usufructo de las riquezas peruanas y bolivianas. Portales avizó que, de persistir la Confederación, el acceso a sus recursos sería logrado no por Chile sino por Inglaterra. Dicha potencia europea simpatizaba con Santa Cruz porque veía en él las cualidades de liderazgo político y organizativo del nuevo Estado que facilitarían el logro de las pretensiones económicas británicas.

Con la afluencia de los capitales ingleses que atraería la Confederación Peruano-Boliviana, la preponderancia peruana y la dependencia comercial de Chile con respecto al Perú se acentuarían aún más, lo cual sería muy peligroso para Chile porque afectaría en el largo plazo su independencia política. Demonizar a Santa Cruz y sobrevalorar las cualidades peruanas fueron recursos que utilizó Diego Portales en 1837 para infundir temor al ciudadano chileno y lograr la aceptación de su tesis supremacista: el control por nacionales chilenos de las “riquezas conjuntas de Perú y Bolivia” y dominar para siempre en el Pacífico.

Imágenes chilenas a favor y en contra del Perú

En el Perú no se han cerrado las brechas que aún permanecen sangrantes habiendo grupos que

incentivan los odios maniqueos y amenazan con marchar al sur a recuperar y devolver al Perú la anexión a perpetuidad de Arica y Tarapacá por parte de Chile, que incluyó Tacna hasta 1929. Bolivia perdió su litoral y Perú debió soportar una ocupación militar por tres años. Los que manejan estas visiones son en su mayoría ex - militares formados en esa visión guerrillera sin comprender el cambio de los tiempos, de la correlación de fuerzas militares y los pesos de la acción diplomática la que viene arrancando triunfos en diversas facetas de Naciones Unidas, UNESCO, etc.

Pero sí es real que la Guerra del Pacífico (1879-1883) se ha convertido en el elemento más importante de nuestra vida social, militar e identitaria. Hay un antes y después de este nefasto conflicto bélico (Barandiarán, 1995, p. 55).

Nos dice Paz Verónica Milet que desde la Guerra del Pacífico se han generado imágenes que colaboran a construir una percepción del otro. De un lado, hay una percepción de país vencedor y país vencido. En el vecino del sur, persiste la noción de unas fuerzas armadas “jamás humilladas y vencidas” denostando orgullo sobre nuestro país. Han expandido una enemistad íntima en que unos buscan recuperar lo perdido y otros conservar lo ganado.

Asimismo, existe la percepción de que el país del sur fomenta de modo permanente la invasión de nuestros territorios y comercio con la incursión permanente de los monopolios chilenos, los que ya controlan el 70% de la industria y el comercio peruano. Finalmente, la arrogancia chilena no permite recuperar la conciliación y asegurar una paz duradera (Milet, 2004. pp. 228-235).

Por tanto, esta herencia histórica maldita se evidencia en imágenes antagónicas, desde haber pasado a ser el virreinato del Perú, el más poderoso de la región sudamericana frente a Chile que era una capitania, a una inversión de superioridades.

Por ello, cualquier cambio profundo y cualitativo pasa por renovar las estructuras culturales y mentales de ambos países, en muchos casos incentivadas por plutocracias que alimentan los odios y chauvinismos nacionalistas.

En los ensayos y artículos del intelectual chileno Pedro Godoy encontramos siempre objetividad en el análisis, que realiza habitualmente con una pluma magistral. Así pues, Godoy (2010) nos dice que con la guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana (1835 a



1839) comienza a plasmarse nuestra geopolítica con sus respectivas hipótesis de conflicto. Se refuerza 40 años después con la Guerra del Pacífico (1879-1883) y se hace doctrina con la Misión Militar Alemana arribada al país a fines del XIX... Lo sustantivo de tal cuerpo teórico es que el país es una ínsula europeoide rodeada de adversarios y debe, en consecuencia, acomodarse a la paz armada. El estribillo es “Si quieres la paz, prepárate para la guerra”. Son capítulos de nuestra historia los forcejeos con Argentina a la cual se le atribuyen afanes expansionistas y que nos usurpa la Patagonia, con Perú denunciado como revanchista porque anhela rescatar Tarapacá y Arica que pierde en la conflagración cerrada por el Tratado de Ancón y con Bolivia que exige una salida al mar porque también en aquel choque armado Santiago se apropia de Antofagasta que Palacio Quemado denomina “departamento del litoral”. Esta concepción mapochina legitima la xenofobia y el armamentismo.

Dirá Godoy que por todo el sistema de comunicaciones se asevera y reitera como un dogma lo anotado anteriormente; el mundo intelectual está cerrado a cualquier revisionismo histórico. O’Higgins y sus tesis integracionistas son ignoradas. Una excepción será el presidente Carlos Ibáñez del Campo que en su primer mandato reintegra Tacna al Perú. Pero en general este *establishment* se cumplirá desde entonces hasta los gobiernos de la Bachelet, Piñera y hoy Boric. No hay mayormente fuerzas opositoras a esta geopolítica. Ni siquiera es tema de agenda.

La explicación del apoyo semiclandestino de Santiago a Londres durante la guerra de las Malvinas obedece a la lógica del “enemigo inmediato” versus el “macroaliado distante” y el andar chileno se explica con ese viejo adagio chino “El enemigo de mi enemigo es mi amigo”. Ven a Brasil como aliado ante una posible guerra con Argentina y como aliado a Paraguay enemistado con Bolivia. Ecuador amagaría por el norte al Perú lo que se ve cuando durante la Guerra del Cenepa, aviones ecuatorianos eran cargados de armamento en aeródromos chilenos y barcos chilenos eran descubiertos con municiones en Guayaquil.

Señala Godoy (2010) su crítica a la geopolítica chilena insistiendo en que la supuesta insularidad de Chile y su pura integración verbal a la CAN como al Mercosur es puramente oral. Siempre se ha considerado un país europeo, eurocéntrico en lo cultural sintiendo desprecio a haber nacido en Sudamérica, tierra de indios. Y por ello está más cercano a Londres y Washington que al resto de Latinoamérica. Insisten



Fig. 5. Diego Portales. Fuente: Getty Images.

en que “Chile es distinto, distante y superior”, pura megalomanía que evita cualquier diálogo y concesión y ese slogan coincide con este otro “Los chilenos somos los ingleses de América del sur” y uno tercero que anota provocativamente que “Chile es mansión elegante en barrio ordinario”. Hay una callejera xenofobia en las calles y una ridiculización a la indiada boliviana y una ignorancia suprema al ignorar que su padre Bernardo O’Higgins es tan chilenezante como peruanófilo, bolivianófilo y argentinófilo.

Remata Godoy llamando a una revisión histórica para enderezar todo lo torcido. Pero ya la burguesía monopólica de Chile tiene copada a la burguesía nacional, admiradora de sus avances y socia en múltiples empresas. Basta ver el caso del empresario Dionisio Romero, aliado de múltiples aventuras en nuestro país, socio menor, en todo caso.

Claro que no todo es desarrollo si nos atenemos a las marchas de escolares, maestros, sindicalistas y mapuches. Pero la imagen de país con alto crecimiento choca con la desigual distribución de la riqueza en Chile, que es muy alta. Basta contrapesar el rancio barrio residencial de Las Condes, con las callampas. Asimismo, las movilizaciones estudiantiles de los jóvenes chilenos para que se desprivatice la educación



y exigir mayor porcentaje del PBI para dicho sector nos hace ver que no hay satisfacción con los logros alcanzados. Añadamos la lucha de etnias postergadas como los mapuches criminalizados, las protestas de las clases medias, los conflictos del Transantiago y la prisión de todo el clan Pinochet acusado de robo y de valerse del gobierno a su favor. En suma, la realidad golpea la imagen que tenemos en nuestras mentes sobre un supuesto crecimiento sureño, con envidia y admiración.

En general se afirma la idea de América Latina como el continente con la mayor desigualdad en el mundo. Se derrumba la imagen de un primer mundo boyante en riqueza, perfecto, sin grandes conflictos internos. Toda esta imagen se derrumba cuando se conocen las interioridades de la vida chilena, así como cae la imagen de una Europa rica o un EE. UU. monolítico, cuando tras el paso del huracán Katrina queda al descubierto un grueso bolsón de pueblos afroamericanos pobres, arrasados y abandonados. Asimismo, se derrumba la mítica imagen de París, sueño latino de los años cincuenta, sesenta y setenta tras las protestas de los jóvenes migrantes de los bulevares («turcos») incendiando carros, como se cae todo ante la lucha de la clase media juvenil parisina enfrentada al gobierno por la estabilidad laboral.

A diferencia de la generación parisina del 68 que organizara un gran movimiento, esta exige trabajo estable ante la intemperancia de los sectores burgueses más recalcitrantes. Por ello, habría que tomar con pinzas, con mucha serenidad y moderación, sin chauvinismo, muchas de las imágenes vendidas por la publicidad y el marketing. Nada es tan bello como lo pintan.

La imagen de Chile con proyecto nacional de desarrolló desde el siglo XIX, consciente de sus carencias y, por tanto, necesitado de la unión nacional, proyecto país y una burguesía sólida y arraigada en la estructura nacional. Ha hecho de la carencia un acicate de progreso frente a un Perú rico en todo y pobre en extremo. Tal vez sus carencias expliquen la necesidad permanente del Estado chileno de encaminarse hacia una carrera armamentística, como un modo de amedrentar a los países vecinos (Bolivia y el Perú), con quienes mantiene un viejo diferendo de posguerra.

En general, Chile apostó por la guerra invasora y no defensiva para tomar del vecino lo necesario para sus intereses. La Doctrina Portales, vigente desde el siglo XIX, que le da cohesión ideológica a su pueblo y a su

ejército, apuesta a tomar lo que no tiene y necesita. Frente al desarrollo económico siempre irá lo militar escoltando dicho desarrollo, como lo vemos en la actualidad. Aprovecha la desunión y la situación de que “cada peruano es el peor enemigo de otro peruano”, como decía Portales, caudillo chileno que ha colocado los cimientos ideológicos a Chile para avanzar, tenga o no recursos.

Finalmente, existe la imagen de que los chilenos tienen una unidad étnica y racial, la imagen de un país blanco. ¿Cómo así, si son sudamericanos como todos nosotros? ¿Y su trasfondo mapuche, araucano, Maule y Caupolicán? ¿Unidad, identidad étnica? Una sola raza, esa es la imagen que nos ha vendido la burguesía chilena. Sin embargo, como todos los paisanos del continente, los chilenos son mestizos, es decir, son resultado de un cruce de razas y etnias. Aquí no hay, ni nunca ha habido, razas puras o superiores. Como dice Palma: quien no tiene de inga tiene de mandinga.

El profesor Godoy, de gran objetividad científica, nos habla del mito blanco o íbero-mapuche cuando en realidad el mestizaje chileno es de fuente hispano-quechua, hispano-diaguita, hispano-hulliche y sobre todo, hispano-picunche. Tampoco hay que olvidar que el antiguo Imperio incaico llegó al sur hasta Concepción (Chile) y al norte hasta Pasto (Colombia). Por tanto, mucho del territorio chileno ha sido peruano.

Los chilenos tienden a blanquearse y a cholear al resto. Conciben el mestizaje como un estigma. Similar al blanqueo y choleo en el Perú, señal de estatus, aunque en el intento mates a tu hermano, práctica criminal, racista.

Asimismo, los vecinos del sur inflan la gesta independentista e inventan un Chile nacido el 18 de septiembre de 1810, ignorando adrede el pasado colonial y la época prehispánica. Tienen fuertes problemas para aceptar su real identidad al difundir la imagen de «Chile como una nación homogéneamente blanca de origen europeo», o la caricatura de ser «los ingleses de Sudamérica», mientras los argentinos serían «los italianos sudamericanos».

Chile es como todos, un país mestizo. Estas inventadas excepcionalidades de ser diferentes son las que alimentan el sentimiento chileno de considerarse «distintos, distantes y superiores» del resto. Es un sentimiento alimentado por una burguesía sólida, europeizada, con fuerte proyecto nacional, descastada de lo nacional, de



sus raíces, de su pasado con afanes de superioridad y un toque fascistoide. Tal vez por ello se le llama el Caín de América.

Lo dicho se observa en su visión distante de no estar en la CAN ni en el Mercosur, pero para no alejarse totalmente se mantienen en ambos como observadores. Es decir, están informados de todo, pero sin comprometerse totalmente y están tocando la puerta del TLCAN (integrado por EE.UU., Canadá y México). Su independentismo es el de la superioridad.

Se podría decir que juegan de líberos en la CAN como en el Mercosur. Sin embargo, su visión necesitada de energéticos la vimos en su concepción de «Anillos Energéticos del Sur» y en su discurso último de ayudarnos recíprocamente a conquistar mercados mundiales, señal de que ya no pueden solos conquistar el mundo.

A la invasión militar del siglo XIX hoy le sucede la imagen de penetración económica y comercial en el territorio peruano. Existe gran presencia chilena controlando sectores como energía, transporte aéreo, industria, agropecuario, retail, entre otros.

En lo que a nosotros respecta, no tenemos línea aérea de bandera, ni puertos modernos y competitivos. Adicionalmente, hay una apropiación de lo peruano ante la inoperancia de nuestras autoridades. En suma, por nuestra parte hay una inacción nacional carente de un proyecto propio.

Referencias bibliográficas

Arroyo, E. (2009). La integración latinoamericana: sueños y realidades. *Revista de Investigaciones Sociales*. Vol.13 N°22, pp. 271-281. Universidad Nacional Mayor de San Marcos/IIHS, Lima, Perú. https://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtualdata/publicaciones/inv_sociales/N22_2009/pdf/a15.pdf

Arroyo, E. (2007). De la Cumbre de Viena a la Cumbre de Lima. *Le Monde Diplomatique*, edición peruana, N°

3, julio del 2007, p. 37. *Revista Investigaciones Sociales del Instituto de Investigaciones Histórico Sociales-Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos*, página 273.

Barandiarán, L. (1995). Desarrollo y gasto militar. El caso peruano. *Apoyo*, Lima, Perú, octubre de 1995, p. 55.

Cuya, R. (2017). La Doctrina portales: Chile debe dominar para siempre en el Pacífico. *La Mula*, martes 11 de abril de 2017.

Durand, F. (2004). Artículo publicado en el diario peruano *La República*.

Godoy, P. (2010). *Chile: Geopolítica e ideología*. 9 de julio de 2010.

Haya, V. (2005). La unificación latinoamericana, ¿comenzará por Sudamérica? Obras Completas de Víctor Raúl Haya de la Torre, Volumen II, Editorial Juan Mejía Baca, segunda edición, Lima, 1984. *Revista NOS+OTROS* N° 5 de enero de 2005, páginas 36 a 39.

Neira, H. (2005). Chile como chivo expiatorio. *Diario peruano La República* del 14 de mayo de 2005.

Milet, P. (2004). Chile-Perú: Las dos caras de un espejo. *Revista de Ciencia Política* (Santiago), Volumen XXIV/N° 2/2004/228-235. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-Chile.

Mariátegui, J. (2005). La unidad de la América indo-española. *Varietades* el 6 de diciembre de 1924. *Revista NOS+OTROS* N° 5 de enero del 2005, Lima-Perú, pp. 32 a 35.

Mc Evoy, C. (2017). *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*. Lima-Perú, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Ugarte, E. (2014). La Guerra del Pacífico como referente nacional y punto condicionante de las relaciones chileno-peruana. *Si Somos Americanos* vol. 14 N° 2. <http://dx.doi.org/10.4067/S0719-09482014000200007>

Recibido el 23 de setiembre de 2023

Aceptado el 11 de octubre de 2023